

LA PRINCESA ESTÁ TRISTE POR DON QUIJOTE

Manuel MAESTRO
Presidente del Círculo Letras del Mar

*La princesa está triste. Qué tendrá la princesa?
«... Calla, calla, princesa —dice el hada madrina—,
en caballo con alas hacia aquí se encamina,
en el cinto la espada y en la mano el azor,
el feliz caballero que te adora sin verte,
y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
a encenderte los labios con su beso de amor.»*

Rubén Darío



STEDES, lectores, se preguntarán acerca del titular del presente artículo: ¿qué hace en las páginas de la REVISTA GENERAL DE MARINA una princesa poniéndose triste por don Quijote? A lo que solícitamente voy a contestarles: cuando evocamos a la juventud como divino tesoro, a una Margarita relacionándola con que está linda la mar o a la tristeza de una princesa, lo hacemos recordando a su autor, Rubén Darío, que ha pasado a la Historia como el Príncipe de las Letras Españolas, y del que este año se conmemora el primer centenario de su muerte. Y cuando lo hacemos con don Quijote y cualquiera de sus andanzas, casi confundimos su figura con su autor, Miguel de Cervantes, del que también en este 2016 conmemoramos el centenario de su fallecimiento, con la diferencia de que es el cuarto.

Rubén Darío no solamente comparte efemérides con la primera figura de la literatura española, sino que en un soneto le declaró su amistad: «Horas de pesadumbre y de tristeza/ paso en mi soledad/ Pero Cervantes es buen amigo/ Endulza mis instantes ásperos/ y reposa mi cabeza». Amistad que defendió con uñas y dientes cuando Unamuno publicó un artículo titulado «Muera don Quijote», respondiéndole: «Don Quijote no puede ni debe morir; en sus avatares cambia de aspecto, pero es el que trae la sal de la gloria, el oro del ideal, el alma del mundo...».



Centenario de Rubén Darío.

No obstante lo anterior, seguirán preguntándose sobre la idoneidad de su aparición en una publicación dedicada a las cosas del mar. Y, precisamente el mar es lo que une a estas dos figuras en fechas que se entrecruzan en momentos en los que recordamos su paso a la inmortalidad. A Cervantes le conocemos como el *Manco de Lepanto*, pues como infante de Marina participó en aquella batalla que el mismo califica en el prólogo de la segunda parte del Quijote: «... Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí,

o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros». Pero, además, la presencia hoy aquí de Miguel de Cervantes se justifica por su obra, ya que está impregnada de sus vivencias a bordo de los barcos y por el contacto con los hombres del mar, y no es fruto de la erudición del autor del Quijote, como pretende Alcalá-Galiano: «No es suficiente prueba para calificarlo de marino, ni aún como entonces se estimaba esta profesión, el que empleara con propiedad frases y vocablos marineros, porque lo mismo ocurre a todo buen novelista, cuando trata de escribir sobre determinado asunto». Y es que ninguna de sus *Novelas ejemplares* o *La Galatea*, el *Quijote* o *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* tienen al mar como epicentro de su argumento y, sin embargo, su recuerdo es una constante en la producción literaria del complutense.

Don Quijote, hijo de un marino

Don Quijote de la Mancha nos ofrece un verdadero retablo de lo que era la sociedad española de la época de Felipe II y Felipe III, con sus nobles, hidalgos, arrieros, venteros o campesinos; y a pesar de que la mayor parte de la misma transcurre en las tierras secas del interior español, de cincuenta y dos capítulos que tiene la primera parte, once contienen frases, sentencias o

descripciones marítimas; y de setenta que tiene la parte segunda, hay doce en el mismo caso. Cabalgando con don Alonso Quijano por cualquier lugar de la Mancha, Cervantes, aunque no recordase su nombre, encuentra la ocasión propicia para engarzar la acción con el lejano mar. Así tenemos que tan pronto hace aparecer en la obra una cuerda de galeotes — gentes forzadas a remar en las galeras — como pone en boca de su interprete un prolijo discurso pronunciado en una venta sobre *Las Armas y las Letras*, cuyo trasfondo es la controversia entre los que ejercen la profesión de soldado y la de letrado, en el que narra, de forma excelente, un conocido pasaje de la batalla de Lepanto: «...Y si éste parece pequeño peligro, veamos si le iguala o hace ventaja al de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que le concede dos pies de tabla de espolón; y con todo esto, viendo que tiene delante tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies irá a visitar los profundos senos de Neptuno; y con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que es mas de admirar: que apenas uno ha caído no se



Batalla de Lepanto.

podrá levantar hasta el fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar, y si éste también cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra». En este discurso, Cervantes azuza la secular disputa entre las armas y las letras, en la que don Quijote dirige duras palabras a la artillería, a la que considera culpable del fin de la caballería andante: «Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención...».

Acabado el discurso, comienza la historia de un cautivo que tiene como telón de fondo la lucha de los países aliados contra los turcos. Se trata de un padre que envía al mundo a sus tres hijos para que elijan carrera entre las letras, el comercio y las armas. La vida del que elige esta última profesión semeja a la de Cervantes: en Lepanto, dice, «salté a la galera contraria, la cual desviándose de la que había embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y así, me hallé solo entre mis enemigos, a quién no pude resistir por ser tantos; en fin me rindieron lleno de heridas». Tanto es así que en la misma aparece un personaje que incluso lleva su segundo apellido: «Sólo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra...».

Se inicia la *Segunda Parte del Quijote* con una alegoría abierta al mar, mediante una visita que el cura y el barbero hacen al hidalgo enfermo. Durante la charla que mantienen, se entabla una disputa en la que sale a relucir nuevamente la locura del caballero de la Mancha que, contradiciendo al barbero que cuenta un relato de un perturbado afirmando ser Júpiter, dice encarnar a Neptuno, el padre y dios de todas las aguas. Y cuando la visita se ausenta, asiente no ser la deidad, a la vez que medita sobre lo que fue la caballería andante, de la que ya no quedan miembros como los de antaño: «... ya no hay ninguno que saliendo deste bosque entre en aquella montaña, y desde allí pise una estéril y desierta playa del mar, las más veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna, con intrépido corazón se arroje en él, entregándose a las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo; y él, puesto el pecho a la incontrastable borrasca, cuando menos se cata, se halla mil y una leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergamino sino en bronce».

En la famosa aventura del barco encantado, cuando llegan al Ebro, don Quijote imagina que una barca vacía es una invitación a socorrer a un caballero que anda en apuros. «Y dando un salto en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fue apartando poco a poco de la ribera; y cuando Sancho se vio obra de dos varas dentro del río, comenzó a temblar, temiendo su pérdida...». Una vez a bordo, en el transcurso de la aventura, en la que entran en

juego otro tipo de molinos, los de agua, Cervantes hace gala de su erudición en temas astronómicos. Así, se refiere al cómputo del cosmógrafo Ptolomeo para dar cuenta a Sancho de lo que han navegado por el río: «Por Dios —dijo Sancho—, que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice a una gentil persona, puto y gafo, con la añadidura de meón, o meo, o no sé cómo». Rióse don Quijote de la interpretación que Sancho había dado al nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y díjole: “Sabrás Sancho que los españoles y los que se embarcan en Cádiz para ir a las Indias, una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea equinoccial que te he dicho es que todos los que van en el navío se les mueren los piojos, sin que les quede ninguno, ni en todo el bajel le hallarán, si le pesan a oro, y así, puedes Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva, saldremos desta duda; y si no, pasado habemos”». Y ante el escepticismo del escudero, le insiste: «Haz, Sancho, la averiguación que te dicho, y no te cures de otra; que tú no sabes que cosas sean coluros, líneas, paralelos, zodíacos, eclípticas, polos, solsticios, equinoccios, planetas, signos, puntos, medidas de que se compone la esfera terrestre; que si todas estas cosas supieras, o parte dellas, vieras claramente qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto, y qué de



Don Quijote con los galeotes.

imagines hemos dejado atrás y vamos dejando ahora. Y tórnote a decir que te tienes y pesques; que para mí tengo que estás más limpio que un pliego de papel liso y blanco».

Los últimos capítulos de la novela son muy distintos a los anteriores, y, en sus páginas, nuestro personaje tiene su auténtico encuentro con el mar, de la mano de un personaje tomado de la realidad como es el bandolero catalán Roque Guinart, que tiene la gentileza de acompañar a caballero y escudero a las playas de Barcelona en donde, al narrar el descubrimiento del Mediterráneo por los castellanos, a don Miguel le fallan la grandilocuencia e imaginación, habitualmente puestas en boca de sus personajes: «Tendieron don Quijote y Sancho la vista por todas partes: vieron el mar, hasta entonces dellos no visto; parecióles espaciosísimo y largo, harto más que las lagunas de Ruidera que en la Mancha habían visto». Cervantes encadena esta sosa semblanza con la vista que tienen de las naves, cuya presencia es constante en toda su obra, y en cuya descripción, por el contrario, se recrea: «Vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales, abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes, que tremolaban al viento y besaban y barrían el agua: dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías, que cerca y lejos llenaban el aire de suaves y belicosos acentos. Comenzaron a moverse y a hacer a modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros que de la ciudad sobre hermosos caballos y con vistosas libreas salían. Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería, a quien respondían los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artillería gruesa con espantoso estruendo rompía los vientos, a quien respondían los cañones de crujía de las galeras. El mar alegre, la tierra



Don Quijote.

jocunda, el aire claro, solo tal vez turbio del humo de la artillería, parece que iba infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podía imaginar Sancho cómo pudiesen tener tantos pies aquellos bultos que por el mar se movían».

El soldado de Lepanto no podía desaprovechar la ocasión para mostrar con su pluma el interior de las naves, a bordo de las que pasó una parte importante de su vida, a la vez que le marcó para el resto de su existencia. Así hace que don Quijote y Sancho visiten una de las galeras antes divisadas, a bordo de la que transcurre un nuevo episodio, cuya figura central es un bergantín argelino en el que una dama penetra en el puerto barcelonés disfrazada de arráez moro: «El Cuatralbo, que estaba avisado de su buena venida, por ver a los dos tan famosos don Quijote y Sancho, apenas llegaron a la marina, cuando todas las galeras abatieron tienda y sonaron las chirimías; arrojaron luego el esquife al agua, cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesí, y en poniendo que puso los pies en él don Quijote, disparó la capitana el cañón de crujía, y las otras galeras hicieron lo mismo, y al subir don Quijote por la escala derecha, toda la chusma le saludó como es usanza cuando una persona principal entra en la galera, diciendo ¡Hu,hu,hu! tres veces... Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentáronse por los bandines; pasóse el cómitre en crujía, y dio señal con el pito que la chusma hiciese fuera ropa, que se hizo en un instante. Sancho que vio tanta gente en cueros, quedó pasmado, y más cuando vio hacer tienda con tanta prisa, que a él le pareció que todos los diablos andaban por allí trabajando... Hizo señal el cómitre que zarpasen el ferro, y saltando en mitad de la crujía con el corbacho o rebenque, comenzó a mosquear las espaldas de la chusma y a largarse poco a poco a la mar... Apretó la chusma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia que parecía que volaban. Las que salían a la mar, a obra de dos millas descubrieron un bajel, que con la vista le marcaron por de hasta catorce o quince bancos, y así era la verdad; el cual bajel, cuando descubrió las galeras se puso en caza, con intención y esperanza de escaparse por su ligereza; pero avínole mal, porque la galera capitana era de los más ligeros bajeles que en la mar navegaban... Pasó la galera un buen trecho; los del bajel se vieron perdidos, hicieron vela en tanto que la galera volvía, y de nuevo, a vela y a remo, se pusieron en caza; pero no les aprovechó su diligencia tanto como les dañó su atrevimiento; porque alcanzándoles la capitana a poco más de media milla, les echó la palamenta encima y los cogió vivos a todos...».

Cervantes, una vez finalizada la escaramuza naval, mantiene el escenario del litoral Mediterráneo para escribir el preludio final del libro, haciendo coincidir en la playa barcelonesa la crisis del Ingenioso Hidalgo, la de su utopía y la de la novela heroica. Sansón Carrasco, oculto bajo la identidad del Caballero de la Blanca Luna consigue, con su victoria tras el duelo mantenido sobre la arena marina, que don Quijote acepte sus condiciones y vuelva a su hogar. Llegamos a una de las escenas más patéticas e impresionantes, en que las

palabras del caballero andante, por una vez ausentes de arcaísmos, sin la máscara del lenguaje libresco, nos revelan cómo han sido de veras sus últimas experiencias caballerescas: «Al salir de Barcelona, volvió don Quijote a mirar el sitio donde había caído, y dijo: “¡Aquí fue Troya! ¡Aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se oscurecieron mis hazañas: aquí, finalmente cayó mi ventura para jamás levantarse!”».

Ruiseñor de los mares

El garante de la presencia del Príncipe de las Letras Españolas en estas páginas marineras es Antonio Machado que, con el clamoroso texto de su poema *A la muerte de Rubén Darío*, reconocía su deuda lírica y personal con el difunto y, utilizando el vocabulario poético, le bautizaba como ruiseñor, por la belleza de sus cantos al mar: «... Si era toda en tu verso la armonía del mundo, ¿dónde fuiste, Darío, la armonía a buscar?/ Jardinero de Hesperia, ruiseñor de los mares». Rubén, con una obra cuyo título nos evoca el color del mar, *Azul*, inauguraba el modernismo, fenómeno literario que en una de sus *Cartas americanas* hizo escribir a Juan Valera a su amigo nicaragüense: «Ni es usted romántico, ni naturalista, ni neurótico, ni decadente, ni simbólico, ni parnasiano. Usted lo ha revuelto todo: lo ha puesto a cocer en el alambique de su cerebro, y ha sacado de ello una rara quintaesencia». Una rara y explosiva quintaesencia que le lanzó a esa inmortalidad de la que hoy celebramos los



Rubén Darío.

primeros cien años de su paso. Darío es hoy de los clásicos que no mueren, porque durante su dilatada obra, escrita en tan corta vida, fue capaz de transmitirnos sus sentimientos y experiencias con palabras con las que otros somos incapaces de hacerlo. Desde muy joven, tanto en su poesía como en su obra en prosa, Rubén cantó al mar, sin pensar que a lo largo de su vida efectuaría muchas singladuras a bordo de los barcos que le llevaron de un lado a otro del mundo. Y en su obra se apoyó en el océano para expresar su soledad, sus anhelos de libertad, el

indescriptible misterio del origen de la vida y del viaje al más allá. Por todo ello, no podíamos quedar al margen de la conmemoración del centenario de su muerte.

Una parte importante de la vida de Darío transcurrió junto al mar: nació y murió en sus proximidades; residió en ciudades marineras como Valparaíso, Buenos Aires, Barcelona, Málaga y Mallorca; surcó el océano en múltiples ocasiones y en él encontró el remanso poético, y a veces, al mismo tiempo, la paz a su torturado espíritu. Nicaragua, y en especial la ciudad de León, donde pasó su infancia y adolescencia, en esta época fue el país con más poetas por metro cuadrado, y Rubén vino al mundo con una peculiar facultad para interpretar a la Santa Madre Métrica. El mar es una constante que aparece temprano en la obra del poeta nicaragüense, tan temprano que en el primero de sus *Poemas de Adolescencia*, fechado en 1880, contiene en su cuarto verso esta referencia marinera: «Yo vi una ave/ que suave/ sus cantares/ a la orilla de los mares/ entonó/ y voló.../ Y a lo lejos/ los reflejos/ de la luna en alta cumbre,/que argentando las espumas,/ bañaba de luz sus plumas/ de tisú.../ ¡Y eras tú!». El carácter marítimo y lacustre de su Nicaragua natal queda reflejado en los versos de *La profecía de Horacio*, un poema de su juventud: «Y en una tierra que está/ perdida aún en el agua, / en tierras de Nicaragua/ un poeta nacerá...».

Rubén Darío también utilizó el mar para transmitir su soledad, el erotismo, sus ansias de libertad, el misterio de la vida y de la muerte. Cerca del océano encontró paz a su complejo espíritu. No es casualidad su búsqueda de inspiración a orillas del agua en las playas e islas nicaragüenses, en Mallorca o en los muelles de Manhattan. Desde que viera por primera vez el mar en las costas de su León, sus impresiones fueron recogidas en su carpeta negra para ser trasladadas a sus versos en los que nos habla de los barcos y del vaivén eterno de sus aguas. Así, encontramos el mar rubeniano en *Tarde del Trópico*, en la que el nicaragüense traza un precioso cuadro: «Es la tarde gris y triste./ Viste el mar de terciopelo/ y el cielo profundo viste de duelo./ Del abismo se levanta/ la queja amarga y sonora/ La onda, cuando el viento/ canta,/ llora». O en la otra *Marina* de sus *Cantos de vida y esperanza*, donde lo califica de: «Mar armonioso/ mar maravilloso,/ tu salada fragancia,/ tus colores y músicas sonoras/ me dan la sensación divina de mi infancia/ en que suaves las horas/ venían en un paso de danza reposada/ a dejarme un ensueño o regalo de hada...». A los navíos se refiere en la *Canción de la noche en el mar*, donde se pregunta: «¿Qué barco viene allá?/ ¿Es un farol o una estrella?/ ¿Qué barco viene allá?/ Es una linterna tan bella/ ¡y no se sabe adónde va!». Las estrofas precedentes son una pequeña muestra de la presencia del mar en su obra. Ese mar que según Neruda «lo llevó a Chile, dejándolo allí abandonado en costa dura y dentada», y que le inspiró para escribir su *Canto épico a las glorias de Chile*, en el que ensalza la figura de Arturo Prat, el marino máximo héroe nacional, narrando su gesta en la guerra del Pacífico a bordo del *Esmeralda*: «La Esme-



Ruiseñor de los mares.

ralda se hundía,/ deshecha y humeante,/ y el monitor triunfante/ cañoneaba el cadáver todavía./ Entonces fue cuando Riquelme, brazo/ heroico, alma de luz, la muerte viendo,/ hizo repercutir el ronco estruendo/ del postrer cañonazo/ El horizonte límpido y sereno/ puebla el eco sonoro, que retumba/ como un último trueno/ en el profundo seno/ de un monte colosal que se derrumba». Esa mar que también le trajo a España, a la que dedicó un soneto en el que encomia su gesta de forma imperativa: «Dejad que siga y bogue la galera/ bajo la tempestad, sobre las olas:/ va con rumbo a una Atlántida española,/ en donde el porvenir calla y espera...».

Pero la primera temática completa del mar la encontramos en sus poemas *Al Mar*, *Alegoría* y *La obra del oleaje*. En el primero describe los rasgos físicos del piélago: «¡Cómo te ostentas orgulloso, ufano,/ y el ímpetu violento/ corres y corres, te abalanzas y huyes/ cuando el soplo del viento,/ en raudo vuelo, tus espumas blancas/ furibundo arrebata! ¡Cuál extiendes/ tu manto azul de perlas guarnecido,/ y te retuerces sin cesar! ¡Detente!». *La obra del oleaje* utiliza con sentido figurado aspectos marineros como «la roca del acantilado» para metaforizar la política centroamericana: «La onda agitada/ que surge presa/ bajo la roca,/ junto a la arena,/ bulle y rebulle/ y espumajea/ cuando la azota/ ruda tormenta...». La introducción de *Epístolas* y *poemas* es un canto a la primavera y a la vida, y hace en sus primeros versos alusiones marinas cargadas de vivencias propias: «Tendida la blanca vela/ casi vuela mi

barquilla,/ y va dejando su quilla/ sobre las ondas la estela;/ y mientras mi barca vuela/ y espumas hace saltar,/ doy al viento mi cantar/ viendo bellos espejismos/ que decoran los abismos/ de los cielos y del mar».

En uno de sus mejores libros, *El canto errante*, es donde se encuentran sus grandes poemas del mar, destacando el sentido doloroso y triste de un tono americanista desesperanzado, de signo adverso, en el que dedica a Cristóbal Colón: «¡Desgraciado Almirante! Tu pobre América,/ tu india virgen y hermosa de sangre cálida,/ la perla de tus sueños, es una histórica/ de convulsivos nervios y frente pálida...», que cuenta con un final bien expresivo: «Duelos, espantos, guerras, fiebre constante/ en nuestra senda ha puesto la suerte triste:/ ¡Cristoforo Colombo, pobre Almirante,/ ruega a Dios por el mundo que descubriste!».

Tornando nuevamente la vista a Rubén Darío, tenemos que fue Juan Ramón Jiménez quien mejor trazó con sus textos el perfil marino del nicaragüense: «¡Cuánto he pensado que Rubén Darío era, no un lobo de mar, un raro monstruo humano marino, bárbaro y exquisito a la vez! Siempre fue para mí mucha más ente de mar que de tierra... Su misma técnica era marina. Modelaba el verso con plástica de ola... Sus iris, sus arpas, sus estrellas eran marinas... Rubén Darío fue ante todo y siempre un poeta marino. Lo mejor de su obra está hundido, bañado, mecido o salpicado de mar».

Una rúbrica que pudo ser de ambos

En un discurso pronunciado el 22 de diciembre de 1907 en la ciudad nicaragüense de León, Darío reafirmó con estas palabras su alma de navegante: «Tiene la ciudad de Bremen, como divisa, un decir latino que el prestigioso D'Annunzio ha repetido en uno de sus poemas armoniosos y cósmicos: *Navigare necesse est, vivere non est necesse*». Rubricando su intervención con unas palabras con las que también lo hubiera hecho su admirado Miguel de Cervantes: «Yo he navegado y he vivido; ha sido Talasa amable conmigo, tanto como Demeter, y si la cosecha de angustias ha sido copiosa, no puedo negar que me ha sido dado contribuir al progreso de nuestra raza y a la elevación del culto del Arte en una generación dos veces continental. Benditas sean las tribulaciones antiguas, si ellas han ayudado a ese resultado y bendito sea el convencimiento que siempre me animó de que “necesario es navegar”, y aumentando el decir latino, “necesario es vivir.”».